

# Mahi Binebine

Los caballos de Dios



Yashin y su pandilla son «Las Estrellas de Sidi Moumen», un equipo de fútbol que les proporciona los únicos instantes de brillo en sus vidas deslucidas. Ha crecido en Sidi Moumen, una barriada a las afueras de Casablanca, entre diez hermanos, una madre que lucha como puede contra la miseria y un padre recluido en el silencio y la oración. Un infierno terrenal que huele al vertedero que los muchachos han transformado en campo de fútbol, a hachís y pegamento para esnifar, a baños prohibidos en el río al que van a parar las aguas de las alcantarillas o a garajes con motocicletas destartadas. Cuando les prometen un «acceso directo al Paraíso», ¿cómo van a rechazarlo? Basada en la historia real de los jóvenes autores de los atentados que sacudieron Casablanca en 2003, la novela de Mahi Binebine traspasa la literatura y remueve nuestra conciencia.

*A Claude Durand*

# 1.

Un paseante podría bordear nuestro poblado sin sospechar ni por un momento su existencia. Adornado de almenas, un muro imponente de adobe lo separa del bulevar donde un caudal continuo de coches mete un ruido de todos los demonios. En ese muro habían perforado rendijas parecidas a troneras desde las que era posible contemplar a gusto ese otro mundo. Nuestro juego favorito, cuando era niño, consistía en arrojarles tazones de orines a las personas pudientes y quedarnos callados mientras echaban pestes y soltaban insultos mirando al cielo. Mi hermano Hamid era nuestro jefe. Pocas veces erraba el tiro. Lo mirábamos operar reprimiendo la risa que, poco después de la ducha dorada, se disparaba frenéticamente. Rebosábamos de júbilo y nos revolcábamos en el polvo como cachorritos. Desde el día en que una piedra que tiró una víctima furibunda me aterrizó en la cocorota, no ando muy bien de la cabeza. Al menos eso es lo que piensan quienes me rodean y lo que me han repetido sin parar desde que era muy pequeño. He acabado por hacerme a la idea y, a la larga, por cogerle gusto. Me perdonaban a medias todas las travesuras por esa incapacidad. Sin embargo, no soy más tonto que otros. Jugando al fútbol, todo el mundo os lo confirmará, soy el mejor portero de la barriada. Mi ídolo se llamaba Yashin. El famoso Yashin. Nunca lo vi en acción, pero se cuentan tantas historias acerca de él... Hay quienes aseguran que era capaz de parar un balón disparado por un cañón Krupp. Otros, que su cuerpo no obedecía a las leyes de la gravedad. Decían incluso que su muerte prematura fue obra de

atacantes internacionales a quienes humillaba su talento. En cualquier caso, yo quería ser Yashin o nada. Así que me cambié de nombre para usar el suyo. A Yemma no le gustaba, pero como me negaba a responder al nombre por el que habían sacrificado un cordero delante de nuestra chabola, se había resignado a llamarme como los demás. Solo mi padre, que siempre fue viejo y cabezota, insistía en la apelación arcaica: Moh. Pero con un nombre así no se puede llegar muy lejos. Por lo demás, no me quedé mucho tiempo en la vida, porque en la vida no había gran cosa que hacer. Y tengo empeño en decirlo sin más demora: no lamento haber terminado con ella. No echo de menos ni poco ni mucho los puñeteros dieciocho años que me tocó vivir. Y eso que al principio, los días inmediatamente posteriores a mi muerte, me habría costado decirle que no a una de esas tortas de mantequilla rancia que preparaba mi madre, a los pasteles de miel o al café con especias. Sin embargo, esas necesidades terrenales se han ido disipando poco a poco, e incluso su recuerdo, que mi nueva condición de espectro ha ido erosionando, se ha esfumado también. Si todavía, en algunos momentos de debilidad, resulta que me acuerdo de las caricias de Yemma cuando me rebuscaba en el pelo para matarme los piojos, me digo: «Venga, Yashin, se te partió la cabeza en mil pedazos. ¿Dónde iban a anidar los piojos si no tienes siquiera pelo para darles acogida?». En fin, me alegro de estar lejos de las chapas onduladas, del frío, de las alcantarillas reventadas y de todos los miasmas que anduvieron por mi infancia. No voy a describiros el sitio en que estoy ahora porque ni siquiera yo lo sé. Todo cuanto puedo decir es que me he quedado reducido a una entidad que, por recurrir a la lengua de ahí abajo, llamaré una conciencia: es decir, la sosegada resultante de una miríada de pensamientos lúcidos. No aquellos, oscuros y raquíuticos, que jalonaron mi breve existencia, sino pensamientos de facetas infinitas, irisadas, cegadoras a veces.

## 2.

Mucho antes de que se democratizasen las antenas parabólicas, florecían en los tejados de nuestra barriada ingeniosas chapuzas a base de ollas de cuscús que permitían sintonizar emisiones del extranjero. Cierto es que las imágenes estaban borrosas, casi codificadas, pero pese a todo se intuía la estela de las siluetas y el sonido era más o menos decente. Veíamos sobre todo, para el fútbol, las cadenas españolas y portuguesas; las alemanas para la pornografía (y la mala calidad de la imagen tenía el mérito de transmutar el bestialismo en erotismo), y finalmente, las cadenas árabes para la dosis cotidiana de conflicto palestino-israelí y los desmanes del Occidente caníbal. Como la televisión en color estaba fuera del alcance de la mayoría de los súbditos de Su Majestad, disponíamos de una lámina de plástico coloreado que colocábamos pegada a la pantalla: tres bandas horizontales, azul cielo en la parte superior, que evocaba poéticamente el firmamento; amarillo pálido en el centro; y, para terminar, un tono verde césped en la parte inferior. En resumen, disfrutábamos de un chisporroteo de imágenes debajo de un plástico multicolor y con frecuencia arañado y sucio. Además, por la sordera de mi padre, poníamos el volumen tan alto que no nos quedaba más remedio que ver la misma cadena que nuestros vecinos para que hubiera un poco de orden y concierto. Y, a pesar de todo, nos reuníamos cada noche, pequeños y mayores, en torno a aquel tragaluz mágico que daba, sin recato, a las curiosidades del mundo.

Si hubiese existido un libro de los récords en Casablanca, Yemma habría figurado en él en lugar muy destacado: ¡catorce embarazos en catorce años! ¿Quién da más? Y, encima, con once aciertos. Todos chicos. Si a los gemelos no se los hubiera llevado la meningitis a los tres años, habríamos podido formar nosotros solos el equipo de fútbol orgullo de la barriada: Las Estrellas de Sidi Moumen. Seguro que les habríamos metido el miedo en el cuerpo a todas las chabolas de los alrededores. Y Yashin, vuestro humilde servidor, portero titular, sería el baluarte inexpugnable. Habríamos sido tan famosos que incluso los vecinos de los barrios ricos se habrían arriesgado a cruzar el muro para acudir a aplaudirnos. ¿Quién sabe? A lo mejor el vertedero público se habría convertido en un campo de fútbol de verdad. No digo que con césped, como los estadios de los clubes grandes; pero por lo menos un espacio vacío, libre de las inmundas colinas de desperdicios. Y que se fastidie la gente que vive de eso. Que se vayan a rebuscar a otro sitio. No será por falta de basureros. Éramos pobres, pero Yemma nos prohibía trabajar en el vertedero. No había forma de librarse de la sesión de olisqueo al volver a casa por la noche. ¡Y ya podía andarse con cuidado el que oliera a cubo de la basura! Madre había fabricado un látigo tremendo que tenía colgado en la entrada. Y eso de llevar algo a casa, ni soñarlo. Yemma disfrutaba cargándose en el acto. Sin embargo, la de cosas que se encontraban en el vertedero... Hamid era el único que podía desafiar a mi madre. Como era incapaz de prescindir del hachís, se había resignado a pagar a diario lo que hiciera falta. Y aunque tuviera buen cuidado de lavarse a fondo en la fuente pública, seguía oliendo a culpa. Por mucho que lo zurrase Yemma, no conseguía nada. Precisaba su dosis de hachís, su tabaco amarillo y su papel de liar. De todos los rebuscadores del vertedero, puedo decirlo sin presumir, mi hermano Hamid era el que más valía. Tenía algo así como un sexto sentido para encontrar la perla de valor. Su olfato animal, al que se

sumaba una inteligencia precoz, lo hacía, de entrada, superior al conjunto. Sabía con exactitud de qué barrio procedía este o aquel camión de basura. No racaneaba en regalos a los conductores a cambio de informaciones. Así, en vez de andar buscando a ciegas, como la mayoría, afinaba la puntería en su investigación. A los doce años ya tenía contratado a un chiquillo para que le limpiara y le compusiera el botín, y a otro para revenderlo en el mercado de viejo al precio que fijaba él de antemano. A mí me fascinaba mi hermano Hamid. Me protegía. También me mimaba. Podía ponerse violento si alguien se metía conmigo. Una noche, me acuerdo como si fuera ayer, mató de una zurra a un vecino que me llevó por la zona de los pozos negros, lejos del vertedero, más adentro. Y eso que solo estábamos jugando a imitar a los protagonistas de las películas indias. Morad se entretenía en mordisquearme las orejas cuchicheándome al oído palabras raras. Su lengua áspera me daba escalofríos. Me había apresado pegándome los brazos al suelo. Los rizos le olían a aceite de oliva. También sabían a aceite de oliva, porque me los estaba metiendo por la boca. Las cosquillas de Morad me daban tanta risa que no oí los pasos de Hamid, que se presentó como un fantasma. Pero, en vez de participar en la gresca, se quedó de pie, tieso como un palo. No me había fijado en la piedra que llevaba en la mano porque la noche era muy oscura. Cuando Morad gritó, creí que seguía cantando. No sé por qué Hamid le pegó tan fuerte en la cabeza. Empezó a correrle mucha sangre por la cara y yo me llevé un susto tal que quería soltar un alarido. Pero no lo conseguía. Se me quedaban mudos los gritos, como si el vientre me los chupara hacia dentro. Por mucho que abría la boca, no salía nada. Atontado, miraba a mi hermano que apretaba los puños, tembloroso. Sabía que no me iba a librar. Con sus temibles botas claveteadas, que había sacado del vertedero, me arreó una patada en el trasero llamándome marica y otros insultos que ni siquiera me atrevo a repetir. Yo había dicho que solo estábamos ju-



gando, que no le hacíamos daño a nadie. Pero él estaba loco de rabia. La oscuridad le incrementaba la ira, que parecía llevar a cuestras un batallón de demonios que blandían sus horcas dispuestos a atravesarme. Sí, a veces mi hermano era injusto. Y eso que me quería. Habría hecho lo que fuera por mí. Le guardé rencor por lo de Morad, pero todo eso es agua pasada. Desde entonces no me volví a acercar a los pozos negros. Por supuesto ya no podía tener trato con Morad, porque no sobrevivió a los golpes de mi hermano. Lo enterramos en el vertedero. Hamid conocía todos los rincones. Ya no rebuscaba nadie por esa zona. Era basura vieja que había pasado mil veces por el tamiz de la miseria. Yo me negaba a creer que mi amigo hubiera muerto. Y, al final, acabé por olvidarme de él. Bueno, en realidad no. Las pocas veces en que me metían un gol cuando jugábamos al fútbol e iba a buscar el balón, no podía por menos de echarle una ojeada al sitio exacto en que se estaba descomponiendo mi colega. Una noche tuve el atrevimiento de ir a comprobar si seguía en el mismo lugar. Acercándome al montículo que tenía localizado gracias a la osamenta blanca de un perro que la canícula había hecho pedazos, revolví con un palo en el estercolero donde lo habíamos enterrado. No era imposible que Morad hubiera sobrevivido a la paliza de mi hermano. A lo mejor se había hecho el muerto para que Hamid dejase de golpearlo y se había levantado nada más irnos nosotros para largarse del poblado. A lo mejor se había esfumado solo para meternos miedo y castigarnos. Así que excavé, primero con el palo, y luego con las manos: resultaba más cómodo. El olor natural del vertedero tapaba el olor de la carroña. Cuando vi asomar del barro un dedo, entre dos latas de conserva, salí a todo correr sin mirar atrás porque me daba la impresión de que el espectro de Morad me perseguía. No me paré hasta llegar a la tienda de Omar el carbonero. Una lámpara de petróleo nimbaba el corro que formaban, sentados en el suelo con las piernas cruzadas, los antiguos combatientes

que se reunían para jugar a las damas. A mí se me salía el corazón por la boca y tiritaba. Solo de acordarme se me pondría carne de gallina si todavía estuviera metido en mi pellejo. Desde aquel momento decidí hacer lo que todo el mundo: pensar que Morad había huido de la barriada para buscarse la vida en la ciudad, como muchos chiquillos de su edad. Y que volvería el día menos pensado con los bolsillos tan llenos que sus padres no tardarían en olvidar su escapada y que, incluso, lo animarían para que se marchara otra vez y siguiera buscándose la vida. Visto con la distancia del tiempo, ahora que estoy aquí arriba, ya no le guardo rencor a mi hermano Hamid. Me digo que hasta cierto punto le hizo un favor al tal Morad, igual que Abu Zubeir me lo hizo a mí; con la diferencia de que ese no me pegó con una piedra. Sus armas eran mucho más temibles. Pero de eso hablaremos más adelante. Porque Abu Zubeir está vivo y coleando. Y sigue siendo el espíritu de algún *garaje* con otros muertos de hambre de mi categoría.

### 3.

Con aquel pelo castaño y aquellos ojos claros, Nabil habría debido nacer en otra parte. Se nos parecía poquísimo. Cuando se quitaba los andrajos, los días de fiesta, hubiérase dicho que llegaba del otro mundo. Un clandestino al revés; uno de esos rumís que se presentaban, venidos del norte, para codearse, como si fueran *hippies*, con nuestra indigencia. Y sin embargo, era de los nuestros. Habíamos crecido en el mismo estiércol y chapoteado en el mismo lodo. La belleza la había sacado de su madre, Tamu, una puta que había decidido consagrar sus encantos a los ociosos de Sidi Moumen: una Pasionaria del sexo barato, investida, por decirlo de alguna forma, de una misión de servicio público, que ofrecía tarifas casi comunistas. A Tamu se la respetaba mucho tanto en nuestro poblado como en los de las inmediaciones. Había quienes afirmaban que habría podido officiar en cualquier parte, incluso en los barrios finos si se tomase la molestia de arreglarse más. De la fisonomía luminosa de Tamu, que alegraba una dentadura dorada, se desprendía un encanto carnívoro. Sus ochenta kilos de carne lechosa embutida en chilabas de satén volvían locos, al pasar, a todos los hombres. También desempeñaba el oficio de cantante ocasional en las ceremonias de boda, circuncisión o bautismo, de forma que, pese a desconfiar de ella, las mujeres del barrio acababan por recurrir a sus servicios. Ni pizca de rencorosa y consciente de su valía, Tamu accedía de buen grado a actuar en las chabolas más hostiles. Con un talento único para encandilar a los invitados de una fiesta, irrumpía, entregada en cuerpo y alma, entre ellos,

con la pandereta debajo del brazo y moviendo las ancas como si las recorriese una corriente eléctrica; provocaba con los ojos como las bailarinas indias, rematando a un varón tras otro, mientras los altavoces puestos en lo alto del tejado difundían su voz aguda, repartiendo felicidad en todas las chabolas de los alrededores.

Nabil vivía solo con su madre en un chamizo aislado, por la zona de la fuente pública. Se pasaba el día fuera porque su madre recibía a los clientes en casa. Por eso era el primero en presentarse en el vertedero y no se iba hasta que ya era de noche. Trabajaba para mi hermano Hamid, que lo trataba decentemente. También lo protegía. ¡Mucho ojo con llamarlo hijo de puta! Hamid, que sabía usar los puños, castigaba en el acto al culpable. Y así fue como, tras la desaparición de Morad, Nabil y yo nos hicimos inseparables. A veces yo le echaba una mano en el vertedero para recoger huesos, vidrios rotos y objetos metálicos. Localizaba los cuernos de carnero, muy apreciados en el zoco porque hacían peines con ellos. Me encargaba también de pelar la goma de los cables eléctricos para recuperar el cobre. Si me prestaba su navaja, me sacaba diez ovillos en el día. Nabil tenía que llenar los tres sacos de yute que mi hermano le proporcionaba por la mañana. Se bastaba y se sobraba: hiciera el tiempo que hiciera los sacos estaban listos al atardecer, atados como es debido. Una carreta de madera, de la que tiraba una mula esquelética y que guiaba un viejo tuerto, hacía la ronda para la recogida. Hamid ni se tomaba ya la molestia de ir a comprobar que el trabajo se había hecho según las normas. Se fiaba de él. Se decía que Nabil no hacía trampas, al contrario que los demás pillastres que no pegaban clavo y se pasaban la vida esnifando pegamento. Aunque se le pagaba más que a los otros, a Nabil se le iba el dinero de las manos y no conseguía ahorrar nada. Me invitaba muchas veces a compartir su lata de sardinas, su pan de cebada y una botella grande de Coca-Cola. Nos acomodábamos en un refugio que había construido con tablas y

cartón y saboreábamos el festín mientras hablábamos de la ciudad que algún día iríamos a visitar. Su madre se la había descrito con un lujo inaudito de detalles. No creo que él fabulase. La única vez en que pude ir fue la última. Así que tengo mucha confusión en la cabeza.

Nabil soñaba con convertir el refugio en una casa de verdad. Tenía ya el plano en mente: dos dormitorios, un rincón para la cocina y un salón. En lo tocante al aseo, pensaba hacer lo que todo el mundo: sus necesidades, en el vertedero. Pero aquel proyecto de momento era difícil de llevar a cabo. Cada vez que recogía una chapa ondulada o una viga en buen estado, se las robaban. No por eso perdía las esperanzas. Así que yo le había prometido ayudarlo el día en que empezase a plantearse en serio las obras. Mi hermano Hamid le había dicho lo mismo: «Entre hombres de negocios hay que funcionar codo con codo». Le sugirió una chabola desocupada donde podría almacenar los materiales: plásticos, ramas, ladrillos, viguetas; o sea, todo cuanto podría servirnos para construir un tejado por donde no se colasen ni la humedad ni las ráfagas de viento ni ninguna otra inclemencia perjudicial. Nabil soñaba con algo así. Decía que el día en que yo sintiera la necesidad de volar con mis propias alas podría establecerme con él. Tendríamos un brasero y una buena olla donde guisaríamos a fuego lento unos tayines estupendos. No era sino cuestión de tiempo. A base de trabajo y de perseverancia lo conseguiríamos. Desde ese momento se me empezó a quedar la casa pequeña. Dormíamos seis en una habitación del tamaño de un panteón. No soportaba ni los ronquidos ni ese cóctel de tufos casi imposibles de identificar: olor a calzado, a sudor, a entrepiernas de pantalones, a polvos DDT que Yemma esparcía con empeño todas las noches por encima de las esteras de rafia que nos hacían las veces de camas. Sí, yo también me puse a soñar con una habitación para mí solo. Con una cama de verdad que tuviera un somier de muelles por el que no pudiera trepar ningún escor-

pión ni ningún bicho de ninguna categoría; salvo las garrapatas, quizá; pero a mí las garrapatas en realidad nunca me resultaron molestas. En cualquier caso, las prefiero al olor asfixiante de los insecticidas. En mi habitación tampoco habrá naftalina. No sé por qué desconfiaba tanto Yemma de las polillas; teníamos tan poca lana, tan poca ropa que nuestra casucha habría sido el último lugar donde hubieran acudido esos animalejos a zampar. Pero así era Yemma. La mujer más limpia y la más previsora con quien me haya topado jamás. Todas las mañanas, temprano, empezaba por despertar a uno de nosotros para que fuera a buscar agua a la fuente. Sin embargo, perdonaba esa tarea a los pequeños. Hacían falta varios viajes para llenar la gran tinaja. Entonces rociaba el patinillo en algo así como un combate cotidiano que reñía contra el polvo. Después regaba los tiesos de albahaca colocados a la entrada de las habitaciones para espantar a los mosquitos. Luego, finalmente, llenaba el hervidor, lo calentaba para las abluciones y se dedicaba a preparar el desayuno, que teníamos que tomar todos juntos. Le gustaba vernos comer. Pendiente de todos, nos cuidaba como una gallina a sus polluelos. Éramos sus hombres. Nueve mocetones y el padre, que había decidido hacerse viejo antes de tiempo, sentado a lo moro en su rincón, pasando sin parar las cuentas del rosario de ámbar. Rezaba sentado porque aseguraba que no tenía ya fuerzas para ponerse de pie. El antiguo obrero de las canteras se había vuelto muy flaco y muy reseco, a imagen y semejanza de esta tierra en barbecho que había sido tiempo atrás la zona industrial y donde siempre había vivido. Yemma le servía su plato de sopa blanca y le arreglaba los almohadones detrás de la espalda sin decir palabra. Luego nos pasaba revista a la ropa como un cabo a su escuadra: por una camisa a la que le faltase un botón, por un calcetín o un jersey con un agujero nos caía encima una avalancha de quejas: «¡A ver qué va a ser esto! ¡Intentáis dejarme en ridículo delante de los vecinos!», o también: «¡Vamos, quítate eso

ahora mismo que todavía no me he muerto!». Y echaba mano de la caja de costura: «Yashin —me espetaba—, ven a enhebrarme la aguja, tú que tienes buena vista». Yo estaba contentísimo de tener algo mejor que los demás en aquella casa. Humedecía el hilo entre los labios y lo metía a la primera por el ojo de la aguja. Yemma me sonreía. Me gustaba verla sonreír.

Había días en que Nabil se presentaba al alba en el umbral de nuestra casa. En cuanto Yemma le oía silbar (era su forma de llamarme), mojaba un trozo de pan caliente en el plato del aceite de oliva y me decía: «Toma, dale esto a tu amigo». Con cara golosa y una sonrisa de oreja a oreja, Nabil lo aceptaba encantado. Me pedía un vaso de agua para enjuagarse la boca, porque en Sidi Moumen nos chirrían los dientes siempre por la omnipresencia del polvo. Luego se zampaba el pan con apetito antes de irse a trabajar. Nabil no era más pobre que nosotros, de ninguna manera. Sencillamente su madre, la artista, tenía la manía de que se le pegaran las sábanas. Trabajaba hasta tan tarde que le resultaba imposible madrugar. Para no despertarla, Nabil se iba de la chabola como un ladrón, de puntillas. Por cierto, me pregunto cómo era capaz su madre de dormir con el zafarrancho matutino de los camiones de la basura. Dicho lo cual, por estos pagos nos acostumbramos a todo, igual que a este olor a podrido y a muerte que se nos había hecho tan familiar y llevábamos pegado a la piel. Ya ni lo notábamos. Es más, si, por encanto, desapareciera, Sidi Moumen se quedaría sin alma. El aire nos parecería seguramente desabrido e insípido; los perros y los gatos desaparecerían del paisaje, y también las bandadas de gaviotas que se han adueñado del lugar, prefiriendo su bochorno viciado al aire marino y sus excavadores de la sombra a los pescadores de altura. Incluso los viejos se aburrirían, si ya no quedasen moscas que cazar, ni mosquitos, ni nada. ¡Os imagináis, Sidi Moumen completamente pelado! Sin sus noches locas en el vertedero. Sin sus fuegos de campamento en los que